

La biblioteca del preso *Arturito*

Para Jorge Jiménez Barrientos (1951-2008)

Arthur Koestler, periodista del diario londinense *News Chronicle*, fue detenido en Málaga al día siguiente de la entrada de las tropas franquistas en la ciudad, en febrero de 1937. Se encontraba en la casa del zoólogo jubilado y cónsul Sir Peter Chalmers-Mitchell¹, don Pedro, el *Zopita*, que quedará en la memoria local como un ejemplo de ética y bonhomía frente a la ferocidad que suelen exhibir los combatientes contra los civiles inermes. De allí, a punta de pistola, lo sacará el capitán Bolín² y Koestler será trasladado a la cárcel de Sevilla, en donde permanecería tres meses hasta que las autoridades franquistas lo canjearon por una rehén del gobierno republicano, Josefina Gálvez Moll³.

La figura intelectual de Koestler (1905-1983), judío nacido en Budapest y nacionalizado británico, escritor en tres lenguas (húngaro, alemán e inglés), comunista arrepentido, corresponsal de varias guerras, es una de las más interesantes del movido siglo XX, a pesar de -o quizá gracias a- todos los vaivenes que jalonarían su vida como pensador, activista y escritor, por no referirnos a su intensa vida íntima. En uno de sus primeros libros, *Un testamento español* (1937), publicado después como *Diálogo con la muerte* (1966), levanta acta de la experiencia aludida: es un diario de los tres meses en la cárcel de Sevilla, donde el preso Koestler aguarda -acaso desea- la muerte.

Esta pequeña obra es, en realidad, un gran libro, pleno de la verdad de un cautivo que reflexiona -con toda su mente, con todo su cuerpo- acerca de la injusticia y la esclavitud de una situación inhumana. Es una persona que se desvela a la hora de la saca (los fusilamientos son entre las 12 y las 2 de la madrugada) y que registra la reacción de los que, dentro de unos instantes, van a ser ejecutados: *¡Es una broma!*, exclama uno, incrédulo. *¡Madre, madre!*, grita un joven miliciano herido. Un tercero, antes de que se le quiebre la voz, entona *La Internacional*... Y el cura salmodia cansino: *La muerte es una liberación*. El escritor acaba convenciéndose de que él mismo no teme a la muerte, sino al acto de morir. Exactamente al contrario de los que sí saben morir, aunque temen

¹ Sir Peter Chalmers-Mitchell, *Mi casa de Málaga*, Renacimiento, Sevilla, 2010. Traducción y edición de Andrés Arenas y Enrique Girón.

² El malagueño Luis Antonio Bolín Bidwell (1894-1969), periodista y abogado, era en 1936 corresponsal de *ABC* en Londres, en donde tuvo un destacado papel en el alquiler del *Dragon Rapide*, el avión que había de trasladar a Franco desde Canarias hasta Tetuán en su plan golpista. Precisamente una parte de su familia se refugió en casa de Chalmers-Mitchell durante el control republicano de la ciudad de Málaga. La inquina de Bolín contra Koestler estaba motivada porque, engañado por el húngaro (de reconocida ideología antifascista, pero haciéndose pasar por un simpatizante franquista), el malagueño intermedió para que Koestler entrevistara en 1936 a Queipo de Llano. Koestler sería denunciado por otro periodista nazi, *herr* Strindberg, hijo del reputadísimo escritor sueco August Strindberg (1849-1912). En esta ocasión Koestler consiguió escapar y llegar a Gibraltar.

³ Hija del ginecólogo y alcalde malagueño José Gálvez Ginachero (1866-1952) y casada con el bilbaíno Carlos de Haya (1902-1938), héroe de la aviación franquista y experto bombardeador. Otra hermana suya, María del Carmen Gálvez Moll, estaba casada con el también aviador franquista Joaquín García Morato (1904-1939), amigo de Carlos de Haya.

a la muerte abstracta, como tantos novios de la Parca, como ese *hombre de la camisa negra* que ha venido a liberarlo para el canje, el aviador Carlos de Haya.

La autenticidad de este texto rezuma de las cavilaciones de un prisionero que se siente ya más del otro lado, ausente del aquí, ser que navega zombi en la pesadez del aire cuadrado, donde el cuerpo ya ha comenzado a pensar por sí mismo, con olvido de la razón: es la experiencia de la libertad absoluta, la del esclavo, la del ser desposeído de sí, la del tiempo blanco. Las imágenes surrealistas alumbran esas sensaciones: “Pasamos por delante de una doble fila de ojos grandes, de ojos desorbitados con la mirada fija en nosotros, de ojos sin cuerpos”.

Pero, en el inframundo que retrata este libro, hay un aspecto que me resulta revelador para la fenomenología de la lectura y para iluminar la personalidad de un lector humillado. Koestler lleva varios días incomunicado en la celda. Repasa en la pared unos *graffiti* de otros presos que le antecedieron. Eso es todo lo que ha leído en semanas⁴. Cuando, tras largos días, consigue que le hagan llegar un volumen de la biblioteca de la cárcel, se produce la epifanía: un reencuentro con el placer mágico de leer. Ha sido una obligada abstinencia. Se trata de una biografía de John Stuart Mill⁵, que lee tres veces con unción y lágrimas en los ojos. Es el 27 de febrero. Considera a esta figura “uno de los pilares monumentales del monumental siglo XIX”⁶. Y también escribe:

Siempre he creído que en la administración de la Divina Providencia hay una oficina que se encarga de que el libro apropiado le llegue al lector en el momento apropiado. Una obra de Hemingway, de Joyce o de Huxley, habría tenido un efecto completamente devastador en estas circunstancias (p. 167).

Cuando tiene acceso a un segundo libro, *Viaje alrededor de mi cuarto* de Xavier de Maistre⁷, en seguida extrae esta frase del autor en el acto de revisar su biblioteca: “Me han prohibido recorrer la ciudad y moverme libremente en el espacio; pero me han dejado el universo entero: la inmensidad y la eternidad están a mi servicio”. Lo que le lleva a valorar la biblioteca de la prisión en que yace. El reportero Koestler, de la misma manera que destaca en su diario la profesionalidad de los guardiaciviles que le condujeron desde Málaga y de los funcionarios de prisiones que le trataron con humanidad, ahora registra este juicio:

La biblioteca de la cárcel contaba con unos seiscientos títulos, libros muy buenos en su mayor parte. Habían sido reunidos en tiempos de la República y los nuevos inquisidores no se habían ocupado aún de depurarlos. Contenía incluso panfletos revolucionarios de los años 1930-1931, biografías de Largo Caballero, de Azaña, etc. (p.168).

⁴ En la situación de incomunicación carcelaria, Koestler capta y expresa una experiencia psicológica de gran valor. La imaginación, el sueño, los *graffiti*, un envoltorio de periódico viejo, etc., son pasto de su ansia lectora: “A mediodía Angelito me trajo lechuga fresca envuelta en un periódico viejo. Lo leí y me enteré de que el rey de los belgas fue a Berlín y de que Italia firmó un pacto con Yugoslavia; pero nada sobre la guerra de España” (p. 197).

⁵ ¿Sería la *Autobiografía* traducida por Juan Uña y publicada por Calpe, Madrid, 1921?

⁶ El 30 de marzo anotará: “Me trajeron a J. S. Mill una vez más y copié extractos durante todo el día”.

⁷ Quizá fuera la edición de Calpe, Madrid, 1921.

A continuación, le traerán *Muerte en las nubes* de Agatha Christie y, poco después, *Secuestrado* de Stevenson⁸. Una vez leído el libro de Stevenson, anota: “Da gusto ver lo bien traducidos que están los autores ingleses al castellano”.

De otras lecturas y personajes, en la soledad de quien solo espera el destino final, hay muchas evocaciones a lo largo de este diario. Así, recuerda las prisiones de Dante, a Simón el Estilita, a Sócrates, a Job, a Hauptman (el asesino del niño Lindberg)...⁹ Rememora, en ocasión de sentirse aturdimiento por el paso del tiempo, *La montaña mágica* de Thomas Mann. También imagina un debate peripatético entre Marx y Freud sobre las causas de la Gran Guerra. El primer día en prisión, antes de arrancar un pedazo de alambre del catre y ponerse a garabatear fórmulas matemáticas en la pared, le había venido a la mente este pasaje de las *Sanders Stories* de Edgar Wallace:

...Solamente tenemos que morir una vez. Algo que a mí no me ha convencido nunca. Si muriéramos más de una vez, nos acostumbraríamos a ello, mi viejo Ham. ¿Entiendes lo que quiero decir? Se trata de filosofía (p. 103).

Cuando le traigan por segunda vez el libro de Maistre, comentará que así ya lo ha leído cuatro veces, de lo que deducimos que de cada libro hacía doble lectura. Luego anota: “Una frase bonita: «El ángel distribuidor de pensamientos»”. El quinto libro que le proporciona el bibliotecario es *Las cerezas del cementerio* de Gabriel Miró, pero no es de su gusto: “Mediocre, sin importancia, sentimental”. El 28 de marzo registra: “El bibliotecario me trajo tres tomos pequeños de chistes de Averchenko”¹⁰.

El 1 de abril recibe *Aurelia* de Nerval, *Sujodol* de Iván Bunín y *Olalla* de Stevenson. Se encuentra radiante y, un tanto cínico, comenta:

Cuando leo, olvido todo durante dos horas, me siento completamente satisfecho y lleno de alegría. Luego recuerdo la carta [de su mujer Dorothy] y toda la conmiseración que hay en ella y me asalta la obligación convencional de ser infeliz. Pienso en la imagen que mi mujer se estará haciendo de mi situación, y mi conmiseración refleja la suya, como un eco repite a otro. Más de una vez me doy cuenta de que siento remordimientos por ser tan feliz. La costumbre exige que un hombre en prisión sufra. Debe ser muy duro para los muertos cuando los vivos piensan en ellos (p. 195).

La entrada del viernes 2 de abril está dedicada íntegramente a un comentario sobre Gérard de Nerval, un autor que -recuerda Koestler- se pasó media vida en un manicomio y que a los treinta y cinco años de edad se ahorcó. Esta página se abre con esta constatación: “¡Cuántas perlas descubres en libros relativamente poco conocidos cuando, por circunstancias anormales, coges la costumbre poco habitual de leer con atención!”. Y la

⁸ Es posible que las ediciones fueran, respectivamente: *Muerte en las nubes*, Molino, Barcelona, 1936, traducción de A. Nadal, y [*Secuestrado*] *Las aventuras de David Balfour*, Calpe, Madrid, 1921, traducción de Miguel Medina.

⁹ Incluso hay un preso político al que Koestler bautiza como *Byron*. Un tipo peculiar que escribe versos y pone en verso cuentos populares vascos y al que le encanta hablar con aforismos. Un día, le dice: “Andalucía, amigo mío, es el escroto de África, mientras que el País Vasco es el corazón de España” (p. 238).

¹⁰ No he encontrado la palabra *chiste* en los títulos de Arkady Averchenko publicados en esos años. Sospecho que pudiera tratarse de los *Cuentos I y II* (Calpe, Madrid, 1921, traducción de N. Tasín) y de *Memorias de un simple y los niños* (Calpe, Madrid, 1923, traducción de G. Portnof).

cierra así: “Algunas veces llego a pensar que yo era feliz antes. Te creas ilusiones no solamente del futuro, sino también del pasado”.

Después de dos meses, continúa incomunicado. Se siente enfermo, deprimido, con dolor de estómago, acusa una crisis cardíaca, le ataca la melancolía y ensaya una huelga de hambre: aspira a que le permitan pasear por el patio. Le suministran *Viaje sentimental* de Laurence Sterne y *La vuelta al mundo en 80 días* de Julio Verne. No se puede concentrar en la lectura y comenta del libro de Verne: “Pensé que me divertiría, pero ya no me gusta nada”. El viernes 9 de abril escribe: “Hoy se cumplen dos meses del día en que Bolín se presentó en casa de Sir Peter con un revólver. Finalmente me he desembarazado de Phileas Fogg y recibido a cambio *Guerra y paz* de Tolstói” (p. 202). Desde la ventana de su celda atrae su atención un paseante en el patio a la hora de la siesta, “un campesino andaluz bajito con una morena barba hirsuta de varios días y ojos azules, un poco saltones”. El sábado 10 de abril anota:

Siempre me ha parecido gracioso que las señoras mayores digan que no pueden leer libros sobre la guerra porque luego no concilian el sueño. Sin embargo, ciertos pasajes de *Guerra y paz* me producen ahora unas palpitaciones tan grandes que tengo que abandonar la lectura. Cuando leí la descripción de la ejecución de prisioneros después de la toma de Moscú por Napoleón, no pude evitar el vómito (p. 203).

El martes 13 de abril por la tarde le permiten salir a pasear por primera vez al patio. Habla con el joven miliciano que había visto desde la ventana. Se llama Nicolás. Lo hicieron prisionero en el frente de Almería hace diez días, le formaron consejo de guerra (que duró tres minutos) tres días más tarde y lo condenaron a muerte, acusado de “rebelión militar”:

Le ofrecí a Nicolás prestarle un libro, pero me respondió que no sabía leer. Acarició con ternura la cubierta del libro de Tolstói con sus manos callosas de campesino, y sus ojos adquirieron una mirada boba y triste. Había tenido la esperanza, dijo, de aprender a leer cuando terminara la guerra (p. 210).

Aparte de este joven que tanto impresionó a Koestler, también tuvo un ligero contacto con el hijo de Largo Caballero, “Caballerito”, incomunicado desde hacía un año, que le pide el primer tomo de *Guerra y paz*. Esto provoca un incidente con el bibliotecario (en realidad, otro preso político) de la cárcel que, al traerle el segundo tomo, exige el primero. Aunque están a punto de llegar a las manos, “más tarde volvió y colocó sin decir palabra dos libros sobre mi cama: una biografía de Cervantes y una novela de Pío Baroja”.

El 14 de abril, aniversario de la proclamación de la II República, desaparece Nicolás. Esta parte del diario se cierra con unas sentidas líneas dedicadas al joven ejecutado en ese día:

Qué pequeño eras, pequeño campesino andaluz, con esos suaves ojos azules ligeramente prominentes, los ojos de los pobres y de los humildes; este libro está dedicado a ti¹¹. ¿Qué bien te podrá hacer? No podrías leerlo ni siquiera, aunque todavía vivieras. Te han fusilado por eso: porque tuviste la imprudencia de querer aprender a leer. Tú y algunos millones de hombres como tú, que habíais tomado vuestros viejos fusiles para defender un orden nuevo que tal vez algún día os habría enseñado a leer.

¹¹ En el prefacio a la primera edición inglesa (1937) escribe: “Dedico este libro a mi amigo Nicolás, un pequeño y humilde soldado de la República Española que, el 14 de abril de 1937, en el sexto aniversario de dicha República, fue fusilado en la cárcel de Sevilla”.

Lo llaman rebelión armada, Nicolás. Lo llaman la mano de Moscú, Nicolás.
Lo llaman el instinto del populacho, Nicolás. Que un hombre quiera aprender
a leer (p. 212).

Que un hombre quiera aprender a leer... Más allá de esos catorce títulos que el bibliotecario de turno le iba suministrando en la cárcel de Sevilla, más allá de su conciencia política y de la esperanza de un orden nuevo simbolizada en ese campesino andaluz analfabeto, conjeturo que el preso Arthur Koestler aprendió a leer un tiempo blanco, tasado por la muerte anunciada, cuando uno lee de pie, cuando no tener nada que leer es el infierno, frente al espejo de la nada, porque ya no tienes nada que decirme, corazón mío, en esta madrugada, en el frío corredor donde nos atisban unos ojos sin cuerpo...

Miguel A. Moreta-Lara
Málaga, 24/10/2018